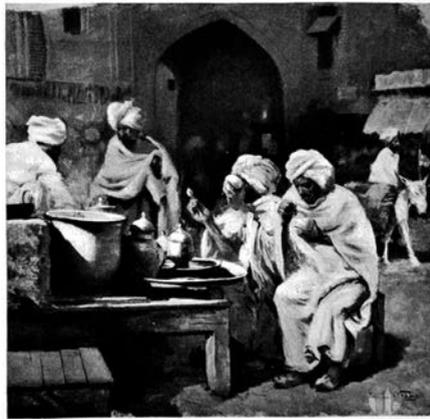


Por el **B**ien
de la **H**umanidad



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2019
Título original: *The Cause of Humanity and Other Stories*, 2018

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
  @reinodecordelia.es  facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

Traducción: © Victoria León Varela, 2019

Ilustración de cubierta: Detalle de *Elephants of the Rajah of Jodhpur* (1890),
de Edwin Lord Weeks
Ilustración de sobrecubierta: Detalle de *Along the Ghats, Mathura* (1880),
de Edwin Lord Weeks

IBIC: FA
ISBN: 978-84-16968-75-6
Depósito legal: M-15008-2019

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Por el Bien
de la Humanidad

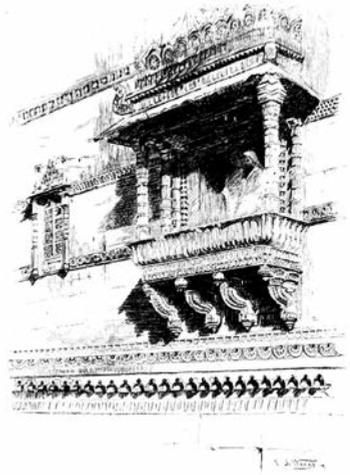


Rudyard Kipling

Traducción de Victoria León



Índice



<i>Introducción</i>	II
POR EL BIEN DE LA HUMANIDAD	I7
La tragedia del C. S. Crusoe	19
Dentro de veinte años	29
<i>Dis aliter visum</i>	35
<i>De profundis</i>	51
La ilimitada astucia de Boileau <i>el Sablista</i>	61
Mi visita de Navidad	75
La historia de un crimen	91
Prisioneros y cautivos	95
Del Olimpo al Hades	101
<i>Les Miserables</i>	107
Una pesadilla del Gobierno	113
El resultado	119
Un secreto oficial	125
<i>Le roi en exile</i>	133
Un trozo de papel	139

El misterio de Santa Claus	149
Amor a la antigua	161
El caso de Adamah	169
Un relato del 98	175
Un caso bastante sospechoso	181
La casa de las sombras	187
La confesión de un impostor	191
El juicio de Paris	195
Cinco días después	201
El monte de la Ilusión	207
<i>Le monde ou l'on s'amuse</i>	213
Una carta interceptada	219
La desgracia recurrente	225
De cómo la libertad llegó al paso de Bolán	231
Sentenciado	235
El Dreitarbund	241
<i>In memoriam</i>	249
Sobre rúbricas	253
La gran huelga	259
«El Mayor Mentiroso de Asia»	265
La delegación y el virrey	269
Una feliz Navidad	275
El sermón de Año Nuevo	281
Regalos de Año Nuevo	287
El señor Anthony Dawking	297
La suerte de Roaring Camp	303
El Invitado a la Boda	309
La persecución de Chuckerbutti	315
Envía tu pan a navegar	323
Un regalo	329
Un sermón de la Montaña	327

El «reino» de Bombay	347
Bombaystes Furioso	355
Un día libre	363
El querubín incorregible	369
En los salones dorados	375
Hasta el amanecer	381
La Fuente del Honor	387
La carga de Nínive	393
Su destino natural	399
El diario del distrito	405
Una pareja desigual	411
Un horrible escándalo	421
Un ejercicio de Administración	429
Mi flamante adquisición	433
Ejercicios de Administración I	439
Su dignidad	445
Ejercicios de Administración II	451
En el País de las Maravillas	457
En el año 92	465
Una mano libre	471
Susana y el viejo	477
El sucesor	485
Lo que dijo el mundo	491
Una situación interesante	497
Flor de un día	503
El cachorro de Gallihauk	515
Los cadáveres no autorizados	525
Una dama en Wairakei	531
La princesa del bote de pepinillos	547
Por qué nieva en Vernet	551
Por el bien de la humanidad	559

JUVENALIA	583
El fantasma de Will Briart	585
Mi primera aventura	589
RELATOS INACABADOS Y FRAGMENTARIOS	599
Ibbetson Dun	601
Ante la fosa abierta	609
Hijos de Belial	625
La hija de Heth	629
RELATOS ATRIBUIDOS	633
<i>Verbatim et Literatim</i>	635
<i>El Ministril</i>	641
Una parábola	647

Introducción

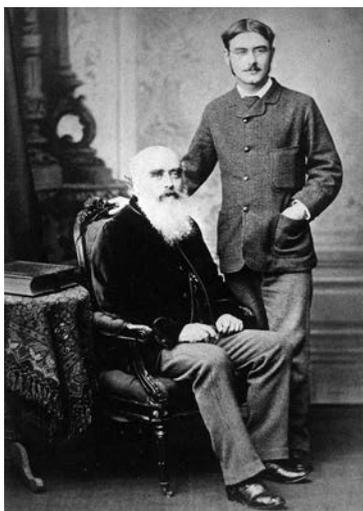


EN NOVIEMBRE DE 2018, Cambridge University Press publicaba en edición de Thomas Pinney, profesor emérito del Pomona College de Claremont, California, un volumen titulado *The Cause of Humanity and Other Stories (Uncollected Prose Fictions)* que recogía más de ochenta textos de diversas fuentes (relatos dispersos publicados en periódicos y revistas y manuscritos inéditos o incompletos) que habían quedado fuera de los índices autorizados de la bibliografía de Rudyard Kipling y, por lo tanto, prácticamente desconocidos o inaccesibles para los lectores.

En su mayoría se trata de textos juveniles publicados en la prensa india durante la década de 1880 que el Kipling maduro pudo descartar como trabajo menor o cuyo interés ligado a acontecimientos de la actualidad política y la sociedad angloindia del momento consideró perdido con el paso de los años para un lector ajeno a los asuntos que se trataban allí. Pero nada ello les resta hoy su gran valor como testimonio de los

años de formación del escritor, en cuyos borradores más imperfectos o incompletos siempre encontramos alguna muestra de brillantez. Por lo que nos ha parecido necesario ponerlos también al alcance de los lectores en castellano.

Cincuenta y uno de esos textos se publicaron en la *Civil and Military Gazette* de Lahore, el periódico en el que Kipling



John Lockwood Kipling posa junto a su hijo Rudyard.

comenzó a trabajar a los dieciséis años. Diecisiete de ellos se publicaron en el *Pioneer* de Allahabad, otro periódico indio con el que Kipling empezó a colaborar a finales de 1887 como corresponsal; un trabajo que lo llevó a viajar por toda la India en busca de noticias y que le proporcionó una impagable riqueza de tipos, asuntos y escenarios para alimentar su prolífica producción literaria de esta época.

Pero es, sobre todo, la sociedad angloindia de Lahore y Shimla (siendo esta última la sede veraniega, en el Himalaya, a la que por entonces se trasladaba el Gobierno de Calcuta y que concentraba una gran parte de la vida social y cultural del imperio) la que a través de la mirada del joven periodista y del escritor en ciernes queda reflejada en esos textos. Unos relatos que a menudo ocupan una zona fronteriza desde el punto de vista de los géneros literarios. Pues en ellos coexisten elementos de la crónica social y periodística, la parodia literaria, la sátira política y la más pura narrativa de ficción, que vemos oscilar entre lo

fantástico, lo costumbrista, el *nonsense*, el cuento de hadas o la alegoría. Como afirma Pinney en su introducción, Kipling parece experimentar en esos años «con todas las formas y modos de escritura a su alcance: lo narrativo, lo anecdótico, lo absurdo, lo trágico, lo histórico, lo fantástico, lo confesional, lo paródico, lo dramático. En algunos encontró callejones sin salida; otros le brindaron infinitas posibilidades».

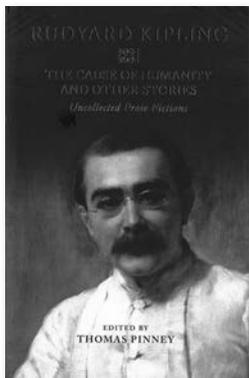
La vida cotidiana de los comedores militares, de las oficinas de burócratas, los bailes de la buena sociedad o el tedio de las noches de club acaban formando un animado tapiz que atrapa al lector desde el principio, sumergiéndolo en el mundo del joven Kipling y permitiéndole ser testigo de excepción de su aprendizaje y su evolución hacia la madurez creativa.

Un autor que entendía que toda historia, por cotidiana, inmediata o nueva que fuese, era en realidad una vieja historia protagonizada por arquetipos tan antiguos como el ser humano, no podía menos que sembrar sus relatos de referencias míticas en el más absoluto eclecticismo: de la parábola bíblica a la mitología grecolatina o las tradiciones védicas. La influencia del *nonsense* de Lewis Carroll, al que se cita expresamente en más de una ocasión, es más que evidente en



Postal fotográfica con retrato de Kipling.

algunos de los textos más lúdicos, siempre sorprendentes para el lector, que dejan ver ya algunas de las primeras exhibiciones de estilo de un narrador llamado a ocupar un lugar entre los grandes de la ficción de su tiempo.



Edición príncipe inglesa de
*Por el bien
de la humanidad.*

La presencia del humor en la parodia literaria y la sátira política y de costumbres es otro elemento importantísimo que hallamos sobre todo en textos que tratan de los conflictos internos del país, critican errores de la Administración colonial, parodian discursos de figuras importantes de la vida pública de la época o muestran las complejas relaciones con la metrópoli y nos hablan del melancólico sentimiento de expatriación y abandono de una gran parte de la población angloindia. Una ironía que a menudo envuelve situaciones dolorosas e incluso dramáticas. Pero no todo es reflejo de la realidad

inmediata. Un importante número de relatos de la colección hace incursiones en lo irracional introduciendo fantasías oníricas o elementos del absurdo con resultado desigual, según el caso, pero que nunca deja indiferente. Kipling llena de metáforas brillantes sus relatos de delirios febriles, alucinaciones, sueños y pesadillas.

Solo doce textos pertenecen a época posterior a la marcha de Kipling a Inglaterra en 1889, entre los que destaca el que da título al volumen: un texto que podría haber sido escrito en 1914 y que no habría llegado a publicarse debido al estallido de la Primera Guerra Mundial. Otros textos interesantes de este grupo son dos curiosas sátiras de la vida literaria

londinense que se publicaron a finales de 1889 en la *St. James Gazette* («Flor de un día» y «El cachorro de Gallihauk»).

Como apéndices se han incluido también en esta colección dos textos juveniles de Kipling. Los fragmentos de «El fantasma de Will Briart» se creen escritos cuando el autor contaba ocho años. «Mi primera aventura» fue una contribución a *The Scribbler*, una revista manuscrita juvenil que entre 1878 y 1880 confeccionaron los hijos de William Morris y Edward Burne-Jones. Completan el volumen, por último, varios borradores incompletos que, cuando menos, nos hablan de la psicología y la forma de afrontar la labor de escritura por parte de Kipling (muy especialmente en las curiosas notas marginales de «Ante la fosa abierta»), así como una serie de atribuciones fidedignas, respaldadas por la solvencia investigadora de su editor y compilador.

Hemos seguido en nuestra traducción el texto ofrecido por Pinney y nos hemos ayudado del útil glosario de términos angloindios que este facilita en su edición (pues Kipling los emplea profusamente en estos relatos), incorporando la traducción a pie de página tras la primera aparición de cada uno salvo en aquellos casos en que carecíamos de ella, pues el propio editor afirma no haber podido desentrañar algunos por su dificultad. Nos ha parecido, en cualquier caso, que era la mejor forma de conservar para el lector en castellano el color que la recurrencia de esos términos aporta a la lectura del original, facilitándole al mismo tiempo su comprensión en la medida de lo posible.

VICTORIA LEÓN



Nota del editor

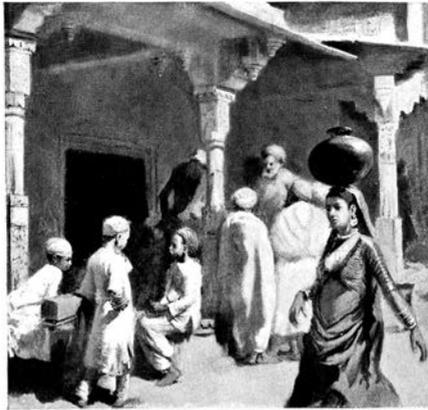
LAS IMÁGENES que ilustran la cubierta y sobrecubierta de esta edición, así como el resto de las ilustraciones interiores, son obra del artista estadounidense Edwin Lord Weeks (1849-1903). Discípulo en París de Léon Bonnat y de Jean-Léon Gérôme, en 1895, más o menos por la época en la que se desarrollan los relatos recogidos en este volumen, escribió e ilustró el libro

*Desde el Mar Negro a través
de Persia y la India.*





Por el Bien de la Humanidad



En el bazar, de Edwin Lord Weeks.

La tragedia del C. S.¹ Crusoe

(De un corresponsal)



[*Civil and Military Gazette*, 13 de septiembre de 1884]

LUNES. Llegué esta mañana a la isla (quiero decir, a la estación), después de haber dejado, por decisión mía, a la señora Crusoe para que disfrutara del aire más fresco de las Montañas durante un par de meses. Desde que nos casamos (y no dejaré constancia, ni siquiera en mi diario, de cuánto tiempo hace de eso), no me había separado un solo día de la señora Crusoe; algo que creo que no es del todo apropiado para un hombre de mi espíritu. Aunque cuando ayer hice notar esto muy delicadamente a la señora Crusoe (pues, aunque se trata de mi querida esposa, no me atrevo a compartir con ella todos mis pensamientos), ella no pareció ofenderse lo más mínimo, sino que se echó a reír diciendo: «¡Ay, qué cómicos son los adentros de los hombres! ¡Que Dios tenga compasión de ellos!». Y añadió que, si yo tenía el antojo, lo mejor que

¹ Abreviatura de ‘*Covenanted servant*’ que designa a un alto funcionario de la Administración colonial británica en la India.

podía hacer era irme a la isla, y vivir allí como me las apañara durante un par de meses, hasta que ella estimase oportuno reunirse conmigo.

Aunque me quedé un tanto desconcertado y, a decir verdad, no del todo complacido por tan inmediata aprobación de mis planes, procuré parecer contentísimo, y dejé las Montañas con tal prisa que me acabé dejando las botellas de jerez y los sándwiches. Aunque yo digo que esto fue culpa de mi esposa, que no me los preparó.

Cuando llegué al barco (quiero decir, a mi casa, por supuesto), descubrí que tenía importantes goteras a causa de las últimas lluvias torrenciales y que estas habían dañado la espina nueva de mi mujer y, aún peor, muchos de los libros recién encuadernados que acababan de llegarme de Inglaterra. Pasé una terrible jornada alisando sus lomos hinchados y llenos de ampollas como mejor pude y de ese modo me olvidé de mi *tiffin*² por completo. Cuando ya atardecía, salí a explorar la isla en mi viejo caballo, al que me atrevería a jurar que el *sais*³ no había ejercitado desde hacía dos meses. Y con él (me refiero al caballo, no al *sais*) estuve batallando durante dos millas y huyendo durante otras dos; pues la bestia no se detuvo hasta que le faltó el aliento. Descubro que la isla, hasta donde puedo ver, está totalmente desierta salvo por los nativos. Cosa que no lamento del todo, pues mi figura, a horcadas de la cabeza de mi caballo y jurando (que Dios me perdone) de una manera que confiaba en haber olvidado hacía mucho tiempo, no debía de dejar indiferente a nadie. Ya en casa, bastante dolorido y predispuesto a irritarme por cual-

² Colación, comida ligera.

³ Mozo de cuadra.

quier cosa, mi Viernes me ha dicho que no nos queda whisky. «¿Y cómo se las ha arreglado entonces Viernes para acabar tan borracho?», le pregunto. Pero Viernes me corta en seco y me dice que no está más borracho que yo, sino contento por volver a encontrarse con su viejo amigo. Tras lo cual toma asiento, me dice que yo soy su padre y su madre para él y se queda profundamente dormido. No consigo enfadarme demasiado de veras con Viernes, a pesar de todo; pero envidio su alegría (si bien es cierto que él no tiene una biblioteca que pueda arruinarle una gotera en el techo). Por guardar las formas, lo he amonestado con el extremo de una cuerda de *punkah*⁴ nueva y luego me he ido sombrío a cenar al club.

Allí me he encontrado a Jones (Cadwallader, el mismo con quien discutí el pasado mes de julio por un caballo que me vendió) y cenamos juntos los dos solos. Es el único habitante de la isla; pues la señora Jones, al igual que la señora Crusoe, se halla disfrutando del aire más fresco de las Montañas. Ahora veo que fui un estúpido al romper con un tipo tan agradable y, sobre todo, tan buen conversador como él, y pienso escribir de inmediato a la señora Crusoe para decirle que visite a la señora Jones. Y luego los dos nos estuvimos fumando nuestros puros en gran amistad hasta cerca de la medianoche, hora a la que regresé. Al no encontrar ninguna luz encendida en mi casa, pero todas en las de Viernes, no tuve más remedio que recurrir de nuevo a la cuerda del *punkah* durante cinco buenos minutos. Me fui a la cama poco después, donde permanecí despierto hasta que Viernes dejó de quejarse y se durmió.

⁴ Ventilador de techo.

MARTES. Día aciago. Esta mañana Viernes llegó sonriendo como si tal cosa (lo que despertó mis sospechas, aunque no dije nada). Luego, mientras hacía inventario de mi empapada biblioteca, me dijo: «*Kerritch hogya*». Yo me las ingenié para huir al jardín a examinar en ese momento las rosas. Pero, como nadie puede escapar a su destino, o, lo que es lo mismo, a Viernes cuando se propone que lo escuches, en el desayuno, mientras yo me daba toda la prisa del mundo para ponerme a trabajar más temprano que nunca, mi hombre se dobló por la mitad en una reverencia y repitió varias veces en voz alta: «*Kerritch hogya*». Entonces pensé en cómo la señora Crusoe, que está ahora en las Montañas, se habría ocupado de él de inmediato sin tener yo que molestarle. Pues, aunque hablo tibetano, nagari, malayo y Dios sabe cuántas otras lenguas más, el dialecto bárbaro e híbrido en el que suelen resolverse los asuntos domésticos es para mí como un gigantesco muro. Yo sospecho que Viernes lo sabe, y eso me lo hace todavía más odioso. Así que me tiré del pelo varias veces (me refiero, claro, a lo que me queda de él) y recé interiormente para que Viernes no advirtiera las profundidades de mi ignorancia. Y entonces dije yo, adoptando mi pose más sofisticada: «¿*Kitna che*⁵?». «*Sahib* —respondió él—, *sarche che worshter, tael che, nia kunker estubble kiwashi, rye che, marubber che*⁶». Y, de no haberlo cortado en seco, creo que seguiría a estas horas. Pero, tan pronto como lo paraba, él volvía a la carga, igual que un reloj enloquecido, diciéndome que la señora había despedido a su *dhobie*⁷ antes

⁵ «¿Qué?».

⁶ «Salsa Worcestershire, aceite para cocinar, gravilla para el establo, semillas de mostaza, fruta en conserva».

⁷ Lavadero.

de irse a la montaña y pidiéndome que consiguiera otro; explicándome que había tres tipos de carne, todos buenos, en el bazar, y que yo debía elegir el que más me gustara, y que tenía que decir lo que quería comer no solo cada día de esta semana, sino también de la siguiente y de la que viene después de la siguiente. También me preguntaba si debía mantener al viejo cocinero, cuyo rostro yo no había visto jamás, o si debía contratar mis comidas aparte entre otras mil cosas que yo hasta ahora había imaginado que simplemente sucedían por obra de la naturaleza (como el *tiffin* y la cena). Lo he mandado a buscar mi pipa para intentar ganar un rato de ese modo y poder estar preparado a su regreso. ¡Ojalá mi esposa estuviese aquí!

II DELA NOCHE. Aunque sé que nadie leerá jamás este estúpido diario, por pura vergüenza no me atreveré a contar aquí todo lo que he hecho y padecido durante las dos últimas horas. Cómo Viernes descubrió que yo, juez civil, magistrado y dirigente entre los hombres, me hallaba tan indefenso como un recién nacido en cuanto se empezaba a hablar de *degchies*⁸, despensas y cosas por el estilo; cómo fui dando tumbos de pifia en pifia (yo sostengo que los asuntos domésticos no son de ningún modo trabajo para hombres), todo el tiempo tratando de mantener por lo menos algo de mi dolorida y maltrecha dignidad; cómo Viernes me fue guiando poco a poco, igual que convencemos a un perro reticente a meterse en el mar, hasta que hubo calculado la suma total de mi ignorancia; cómo yo sudaba y a veces me encendía y a veces me quedaba hela-

⁸ Ollas.

do por efecto de sus palabras igual que yo había visto sudar y cambiar de color a los presos por efecto de las mías. No me atrevo, como digo, a dejar constancia de nada de esto. Baste decir para mi humillación que, al final de mi tormento, Viernes me había enseñado, bastante rudamente y a su manera (que supongo que no era la mejor), cómo administrar mi propia casa en cuestiones como la mermelada, las sábanas limpias y las dos comidas diarias, y que, al hacerlo, había pisoteado y sometido mi espíritu de tal modo que al final no pude más que firmar todo lo que él quiso (y los papeles no fueron pocos) con la sola esperanza de ser liberado de su tiranía. ¡Pero, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuántas cosas necesarias para el sustento de un hombre de las que yo apenas había oído hablar, y mucho menos olido o manipulado hasta hoy! Ahora me doy cuenta de qué extraño y terrible carro de *Juggernaut*⁹ controla la señora Crusoe, mi nunca suficientemente elogiada esposa. Yo, que temerariamente he tomado sus riendas en mis manos y ahora yazgo hecho puré entre las ruedas sobre las que tan cómodo había viajado hasta ahora, no he hecho otra cosa en todo el día que preguntarme cómo la señora Crusoe puede recibirme tan sonriente cada noche cuando está en la isla si esta es la clase de tortura que le ha tocado en suerte. Pero tal vez ella posea un dominio para afrontarla del que, ahora que lo pienso, jamás he visto señales en su rostro, mientras que este día me ha hecho envejecer a mí que a mis años tan bien me conservo, gracias al Cielo.

De vuelta al club por la noche, me he encontrado con Cadwallader Jones, pero, por vergüenza, para que no se burlase

⁹ Fuerza que nada puede detener y que aplasta o destruye todo a su paso. Se representa como un carro.

de mí, no me he atrevido a preguntarle cómo consigue alimentarse él en ausencia de su esposa. Me fui a la cama a medianoche, preguntándome cuál de todas aquellas exquisi-
teces que había aprovisionado en abundancia por la mañana me servirían al día siguiente para comer. Seguro que todavía no ha refrescado lo bastante en la isla para que la señora Crusoe venga a visitarla.

MIÉRCOLES. Me arrepiento de haber pegado a Viernes con la cuerda del *punkah*, porque veo que ahora está decidido a envenenarme. Esta mañana, en mi gran bandeja de plata, adornada con un montón de flores y sobre un bonito mantel blanco, me llegaron tres fragmentos de carne mojada que parecía que acabaran de ser arrancados de las entrañas de algún animal muerto. También había arroz, pero como nunca había comido perdigones, lo aparté a un lado, y por dos rupias de mi bolsillo Viernes me consiguió a cambio unas sardinas en lata y un poco de aceite. Con esto he de aplacar mi estómago. Saben asombrosamente a pescado, y el té también tiene un nuevo sabor. La señora Crusoe no me dio nunca nada parecido.

Nada tomé a media mañana en mi despacho (ni pescado ni carne), y regresé a casa por el barrizal en un transporte alquilado a un nativo. (Nota: Estaba reforzado con cuerdas, como el barco de San Pablo, y tuve que mantener cerradas las dos puertas con las manos hasta que el barro me llegó a los codos). Cuando le pregunté a Viernes por qué no me había enviado ni *tiffin* ni carruaje, me respondió que yo no le había dejado órdenes de hacerlo, lo cual era verdad; pero yo imaginaba que el *tiffin* era algo que tomaban la mayoría de las personas por lo

menos una vez al día. Me siento mareado y cansado, y no me atrevo a castigar a Viernes como se merece, porque podría dejarme para siempre, y entonces yo me moriría de hambre. Demasiado enfermo como para ir al club, le he dado a Viernes dos annas¹⁰ para que me trajera una taza de té, que me ha sabido horrible, como a la cachimba de Viernes. Me voy a dormir preguntándome si es preferible morir de hambre directamente antes que ser envenenado poco a poco, y también por el destino de la mercancía que encargué ayer. He soñado que Viernes me hervía sardinas en el té del desayuno mientras que la señora Crusoe permanecía a su lado, junto a una cesta de tripas, riéndose. Una pesadilla espantosa.

JUEVES. Viernes tiene un turbante nuevo con dos anchas franjas doradas y otra rosa en el centro, y se toma su tiempo para todo. A las nueve de la mañana me ha preguntado qué deseaba comer. Le he dicho que me encontraba demasiado enfermo como para ir a trabajar y que me apetecía una tortilla salada. Estaba lista a las diez, pero no quedaba té, ni leche, ni pan ni nada más que dos tenedores que no pertenecían al mismo juego y un plato. Viernes dice que yo no había tomado *bundobust*¹¹, y me duele la cabeza demasiado como para llevarle la contraria. Procuré comerme la tortilla, que yo diría que estaba hecha con huevos podridos, y me quedé en cama el resto del día sin que un alma se acercara. Aunque esto último no es del todo exacto. Los hijos de Viernes estuvieron persiguiendo un pavo en el porche, que no quedaba lejos de mi cabeza, durante dos horas. Y yo doy las gracias a la Provi-

¹⁰ Moneda india de valor inferior al de la rupia.

¹¹ Disposiciones.

dencia por hacerme juez civil y magistrado y por haberme dado a la señora Crusoe (pues, de no ser por la fiebre, que me había vuelto incapaz de mover siquiera un pie o una mano, no tengo la menor duda de que los habría asesinado a todos). Por la noche mi indisposición ha mejorado un poco, pero sigo demasiado débil como para comer. Viernes ha ido al bazar, pero se ha olvidado de traerme agua helada. Me he vuelto a la cama, donde he soñado que ahogaba a Viernes y a sus hijos en una tortilla de huevos de pavo. Jamás antes había soñado cosas como estas.

VIERNES. La fiebre remitió durante la noche. Me encontré esta mañana con que solo tenía una camisa limpia, y deshilachada y gastada en los puños. Como sabía que tenía doce cuando dejé a mi esposa, le pregunté a Viernes (que va por ahí caminando como si el suelo fuera de aire bajos sus pies) qué había sido del resto de mi vestuario. Tras lo cual estuvo llorando durante diez minutos (sobre mi única toalla) y rogándome que lo enviara a la cárcel, puesto que lo injuriaba de tal modo. Me enfurecí y le dije que nadie le había acusado de ladrón, pero que quería de vuelta mis camisas. Y entonces él empezó a llorar aún más fuerte, hasta que acabé echándolo a patadas de la habitación y cerré la puerta. Cuando volví a abrirla después de haberme fumado una pipa mientras consideraba lo que debía hacer, me encontré con siete de mis camisas (tres usadas y cuatro por estrenar) amontonadas en el umbral. Apestaban a aceite de coco y a tabaco malo, y tenían toda clase de marcas y manchas. Pero Viernes no sabía del asunto nada más que yo era para él su padre y su madre y que lo había acusado de ladrón. Se ha pasado todo el día entre ataques de

llanto, y le he dado cuatro annas para que se calmara. Pero esto no ha mejorado la calidad de mi comida. He vuelto a cenar en el club con Cadwallader Jones (quien todavía tengo para mí que me engañó con lo de aquel caballo), y este me ha dicho que parezco una «paloma enferma» y me ha dado una palmadita en la espalda. La señora Jones vuelve a la isla en breve, y ya me gustaría a mí poder cambiarme por Jones o que la señora Crusoe estuviera aquí. Me voy a la cama lamentando no haber trabajado nada en toda la semana por culpa del peso de Viernes, que ha ocupado mi cabeza todo el tiempo. ¡Señor! ¡Señor! ¡Y yo que tenía mil asuntos que resolver y tratar antes de que abran los juzgados! Pero le daré un día más de gracia, a pesar de todo, y entonces estoy seguro de que habrá refrescado lo bastante para la señora Crusoe. He parado el *punkah* para comprobar si era así, y he sudado como un pollo hasta que ha amanecido.

SÁBADO. Viernes se ha vuelto a emborrachar y no he visto ni rastro del desayuno. Me he comido las sardinas que me quedaban con una pala de cortar queso, pues sobre el mantel sucio yacían los restos de un festín. Las encontré en la despensa y llegué a la conclusión de que Viernes había estado agasajando a sus amigos. He teleografiado a la señora Crusoe, y hasta que ella venga tendré que arreglármelas para vivir a base de sardinas.

JACOB CAVENDISH, *M. A.*

Dentro de veinte años (O lo que nos espera)



[*Civil and Military Gazette*, 9 de enero de 1885]

«PARECE HOY IDEA popularizada que la policía es responsable de la protección de la propiedad; yo sostengo que esta impresión es errónea. Si la comunidad de los europeos asegurase sus casas y sus propiedades o mantuviese *chowkidars*¹², la delincuencia y los robos disminuirían considerablemente. A medida que el país se haga cada vez más civilizado y los nativos dejen de temer a la raza de los conquistadores como habían hecho hasta ahora, los europeos descubriremos, lamentablemente, que no podemos vivir a cielo abierto, desprotegidos, con veinte o treinta puertas abiertas para que los ladrones entren y se sirvan a su antojo. De ahí que, en cierto sentido, estos ladrones de Anarkali estén haciéndonos un favor: educar a los ingleses de la India, abrirles los ojos a la realidad de que, ni siquiera en los países civilizados, un ladrón es alguien que respete a las personas».

INFORME POLICIAL DE PUNYAB, 1883-84.

¹² Vigilantes.

Del señor Orion Golightly al subcomisario de Chorpur.
Chorpur, 1 de abril de 1906

Muy señor mío:

Anoche una banda de *dacoits*¹³ armados con rifles de repetición y varias libras de dinamita atacaron mi casa e hicieron volar por los aires a los catorce *chowkidars* que protegían el porche. Luego procedieron a saquearla tras dejar atados a los varios miembros de la familia a los árboles de la finca, y se llevaron cuatro valiosos caballos. Mi esposa ha sucumbido a la conmoción, y temo que hay muy pocas esperanzas de que mi hijo mayor se recupere de las tres heridas de bala que recibió en la cabeza y el cuello. Mis vigilantes solo estaban armados con Sniders, y el tejado a prueba de bombas de la casa se hallaba muy dañado por un ataque anterior de la misma banda. Sea como sea, creo que se trata de un caso que requiere la intervención policial. Quedo a la espera, etc.

Del subcomisario de Chorpur al señor Orion Golightly
Shimla, 8 de agosto de 1906

Muy señor mío:

En respuesta a su muy temperada comunicación del primero de abril, tengo el honor de remitirle mi último Informe Mensual (cuatro volúmenes en octavo) sobre los «Incentivos del crimen local». Parece hoy idea popularizada que la policía es responsable de la protección de la propiedad; pero debo

¹³ Bandidos.

decir que esta impresión es completamente errónea. Si la comunidad de los europeos al menos se sirviera de pistolas Gatling o mantuviera un pequeño arsenal de artillería en sus propiedades descenderían considerablemente los robos y asaltos de la actualidad. De ahí que, en cierto sentido, tenga esperanza en que el súbito fallecimiento de la señora Golightly y el estado de agonía de su hijo mayor sean para bien. Tales incidentes están educando a los ingleses en la India y abriendo sus ojos a la realidad de que, ni siquiera en los países civilizados, un ladrón es alguien que respete a las personas.

Atentamente etc.,

CLIVE HASTINGS MACAULAY BUSLTRODE
Subcomisario de Chorpur

Del señor Heastey Dryver al subcomisario de Chorpur
15 de diciembre de 1906

Muy señor mío:

Hace quince días, mientras recorría el Badzat Bazar, mi caballo tropezó con una cuerda que habían colocado atravesando la calle unos jóvenes caballeros deseosos de comprobar los efectos del movimiento súbitamente retardado en un cuerpo en movimiento. Mi caballo se ha roto ambas rodillas; yo mismo he sufrido una fractura abierta de clavícula y he tenido que vender mi carruaje como leña para chimeneas. Llevaba mi capota a prueba de balas puesta e iba, cumpliendo con las últimas ordenanzas municipales, a no más de siete millas por hora para no herir los sentimientos de los peatones. ¿No podría la policía tomar cartas en el asunto? Quedo a la espera, etc.

Del subcomisario de Chorpur al señor H. Dryver
Shimla, 28 de mayo de 1907

Muy señor mío:

Resulta asombroso que, en estos tiempos de avances e ilustración generalizados, persista la idea de que la policía de este país haya de prestar atención a lo más nimio. No necesito decir que esta impresión es completamente errónea.

A medida que el país se hace más civilizado, la joven India deja de despreciar a la raza de los conquistadores y condesciende a experimentar con ellos, como usted mismo ha expuesto tan hábilmente. Los europeos se encontrarán hoy con que no pueden conducir por la vía pública sin exponerse a la inteligencia curiosa de los jóvenes como los sujetos idóneos que son para la demostración de la enorme fuerza de la gravedad que rige el mundo. Solo con que los europeos colocasen quitapiedras a sus caballos o enviasen a sus *sais* a pie a informar del estado de los caminos por los que fueran a transitar, los incidentes como los que usted describía se harían cada vez más relativamente infrecuentes. Estoy seguro de que su percance le servirá de lección como inglés en la India y le ayudará a comprender que en este, igual que en todos los demás países civilizados, el *gamin*¹⁴ indígena no es alguien que respete a las personas. Atentamente, etc.

C. H. M. BULSTRODE
Subcomisario de Chorpur

¹⁴ Delincuente.

FORMULARIO B. 101-1553 DE USO GENERAL.

Al señor Brown, Jones o Robinson.

190-Oficina del subcomisario de Chorpur

Muy señor mío:

Parece hoy idea popularizada que la policía es responsable del cumplimiento de sus obligaciones. Sigo instrucciones de informarle de que dicha impresión es errónea. Solo con que la comunidad de los europeos se preocupase de cuidar de sus casas y propiedades y de capturar a cualquier ladrón que pudiese asaltar las primeras o robar las segundas, los asaltos y robos dejarían de existir. Confío en que el caso del [dígase aquí asesinato, robo con violencia, asalto de *dacoits* o lo que corresponda] que acaba usted de exponer le haga a abrir los ojos a la realidad de que en este, como en cualquier país civilizado, el ladrón no es alguien que respete a las personas. Atentamente, etc.

C. H. M. BULSTRODE

Dis aliter visum
(La lamentable y verdadera historia
del permiso de Job Charnock)



[*Pioneer*, 4 de julio de 1885]

El material
del que están hechos los sueños.

La tempestad, IV, I
WILLIAM SHAKESPEARE

ERA UN RINCÓN acogedor en el Purgatorio (una suite de la planta baja de una de las mansiones disponibles allí, y espléndidamente amueblada). Por supuesto, ninguna de las puertas cerraba y tampoco había buen tabaco de cachimba. Clive, debilitado por la larga residencia en Madrás, acusaba la abstinencia más que Hastings; pero, por otro lado, Hastings lamentaba muy amargamente la pérdida de su reserva particular de *guldari* en conserva. Y, si alguien se hubiera tomado la molestia de indagar, habría descubierto que el viejo Job Charnock, en el ático, padecía la privación más que ninguno. Pero los dos antiguos gobernadores generales no hicieron indagaciones; ellos estaban muy cómodos. Macaulay, cuya ruina fue leer sus propias observaciones acerca de Warren Hastings al oído de aquel hombre de Estado con malas pulgas, se había marchado a la *table d'hôte*. De ahí el alivio de los dos ilustres personajes. Ni que decir tiene que estaban enzarzados en alguna

discusión intrascendente. Hastings, por enésima vez, estaba justificando su ejecución de Nuncomar. Aquello era parte del castigo de Clive. Y Clive interpolaba, mientras tanto, refutaciones y anécdotas concernientes al nabab de Murshidabad también por enésima vez. Aquello era parte de la condena de Hastings. La cuestión se había desarrollado como de costumbre hasta las cinco de la tarde. O, lo que es lo mismo, Clive se preparaba con desgana para batirse en duelo con su pistola inútil que jamás detonaba y hacía protestar a Hastings, que sí la tenía preparada de antemano, cuando la puerta del salón se abrió de par en par violentamente y el viejo Job Charnock, con su venerable coleta tan rígida como las palmeras de su amado Kalighat, se dejó caer exhausto en un diván en el centro de la habitación.

—¡Eh! —gruñó Hastings—. Ha tenido a Macaulay encima, ¿me equivoco? Maldita sea, si hubiera podido pegarle un tiro a ese comentarista insolente una sola vez...

—No ha sido Macaulay —susurró Job—, sino algo mucho peor, amigos.

—No he visto a Job tan alterado —reflexionó Clive— desde que supo de la muerte de John Company, y de eso hace treinta años.

(Hay que decir *in parenthesis* que una de las irritantes regulaciones del Intermediate Institute, como lo bautizaron sus *habitués*, consistió en que todos los miembros, al menos de cara a la galería, debían tratarse como iguales entre sí. Job Charnock no podía ser más deferente, pero se veía obligado a emplear la palabra «amigos» donde habría querido poder decir, como poco, «honorables caballeros». Pero esto no es más que una digresión).

Se hizo un silencio que duró algunos minutos durante los cuales Job se las arregló para sacar provecho de la cachimba de Clive y trasegar un par de galones del bebedizo que el Instituto Intermedio proveía para disfrute de sus miembros. (Sabía igual que el ponche de oporto templado a las ocho de la mañana tras una noche de juerga). Finalmente, balbuceó:

—He disfrutado mi permiso, y les aseguro, caballeros, que quedo agradecido, francamente agradecido por poder volver.

El listado de permisos del Instituto Intermedio, que podían oscilar entre las veinticuatro horas y la semana de duración, era largo, y los turnos se repetían cada cincuenta y cuatro años si un miembro sabía comportarse. Clive y Hastings habían rechazado los suyos por principio, pues rehuir el castigo se hallaba por debajo de la dignidad de un caballero inglés. Ganaban poco, sin embargo; pues era costumbre, tanto si un caballero aceptaba su permiso como si no, que ciertos miembros del Instituto Inferior celebraran la bienvenida en sus aposentos. Acontecimiento que dejaba chamuscadas las sillas y sofás, y dejaba tras sí un insoportable olor a algo parecido a la pólvora. Clive, a pesar de todo, decía que a él le gustaba; que le recordaba los viejos tiempos en los bastiones de Fort William. Pero ambos hombres se hallaban ansiosos por oír lo que Job tenía que contarles. Hastings pasó la boquilla con esmeralda de su cachimba favorita a Job mientras Clive encendía y soplabla una bola perfumada sobre el tabaco.

—Siéntese y cuéntenoslo todo, Job. Encontrará usted todas las cosas bastante cambiadas desde la última vez —dijo el primero de ellos—. Por cierto, ¿cuándo fue su último permiso?

—En 1820. Cuando me casé con la viuda. Pasamos cuatro días de luna de miel en el viejo cementerio. Fue una maravilla. Pero, ahora... ¡Vaya!

Job dio una calada a la cachimba en busca de consuelo. Y, a continuación, tras una larga pausa, dijo:

—Pero no me creerán; lo sé.

Clive sonrió sombríamente.

—Bueno, Charney, ya sabe que dicen que fundó usted mi Calcuta y la dejó provista de mentiras de por vida para la totalidad de sus habitantes. Pero creo que podemos confiar en su palabra en este asunto.

Y era rigurosamente cierto. Los miembros del Instituto Intermedio solo podían mentir dentro de ciertos límites bien definidos cuando sus invenciones alterasen e irritasen más a sus vecinos. Pero la verdad y nada más que la verdad bastaba en aquella ocasión.

—Bien, caballeros, pues, en primer lugar, fui a Calcuta.

—Por supuesto —interrumpió Hastings bruscamente—, ¿quién no? Continúe.

—Y resultó que ni el Gobierno Supremo, ni el gobernador general ni los consejeros se hallaban allí.

Clic, clic, clic, sonó entonces una especie de marcador de billar niquelado junto a la repisa de la chimenea, y en la brillante estructura se deslizó una simple tarjeta donde se leía «Extras» y debajo, entre paréntesis y a secas: «Clive, Hastings, dos días – juramento blasfemo». No hace falta repetir aquí lo que los oyentes de Charnock dijeron (la forma fue idéntica, aunque oscura, y, desde luego, inapropiada para oídos corteses).

—Y, entonces, ¿dónde están? —preguntaron los dos a coro.

—A mil doscientas millas en un lugar en las Montañas llamado Shimla del que nunca he oído hablar. No volverán hasta dentro de cuatro meses.

—¡A mil doscientas millas! Sí; desde luego que volver les llevará todo ese tiempo si lo hacen con algo parecido a mi escolta —dijo Hastings.

Charnock se estaba entusiasmando con su labor.

—Van y vienen en tres días, o cuatro a lo sumo.

—Job, querido Job —el malogrado gobernador general se hallaba casi al borde de las lágrimas—, por amor de Dios, no siga. En cualquier momento nos hará decir algo, y ese teletipo infernal (clic, clic) empezará a sonar otra vez.

Job se hallaba casi tan conmovido como sus amigos.

—Les aseguro, caballeros, pues espero escapar algún día del Instituto, que les estoy diciendo la pura verdad de lo que he visto y oído.

—Muy bien. Entonces están a mil doscientas millas de Calcuta y tardan cuatro días en recorrer esa distancia. ¿Cómo es posible? —Hastings habló haciendo, a todas luces, un gran esfuerzo de contención.

—En tren.

—¡En tren! Eso debe ser una nueva raza madrasí. Siempre dije que no sabíamos lo que esos trotones de patas largas de Bellary podían conseguir si se ponían a ello. ¿Dónde la crían y cómo es? —preguntó Clive.

—No se trata de ninguna raza de animales. Es más bien una especie de palanquín sobre ruedas; solo que las ruedas van por unas vías de hierro y de los palanquines tira una especie de olla de cocina de hierro y latón con una bandola aparejada donde debiera estar el asa.

Ante aquella descripción particularmente inspirada de la moderna locomotora y su chimenea, Clive y Hastings quedaron maravillados.

—Está bien, Job. Creo que lo que dices es verdad. Sin duda debemos aceptar nuestro permiso la próxima vez, aunque solo sea para ver esas ollas de cocina sobre vías de hierro. Continúe.

Charnock prosiguió:

—Las vías van desde Calcuta hasta un lugar llamado Ambala, más allá del territorio del emperador de Delhi, que se han anexionado.

—¡Se lo han anexionado! ¡Cielo santo! —interrumpió Hastings.

—Nos lo hemos anexionado, señor, nos lo hemos anexionado. Son nuestros descendientes y espero que nos concedan nuestro mérito.

Charnock se agitó inquieto en su silla y respondió:

—No creo que ellos sean nosotros, caballeros.

Clive saltó como si le hubieran disparado.

—¿Quiere usted decir que esos malditos franceses han vuelto, entonces, después de todo lo que yo hice? ¡Ay, Job, Job! ¡Me está poniendo demasiado a prueba!

El teletipo niquelado permaneció silencioso, y de la expresión apresurada no quedó registro en el Instituto Intermedio.

—No; no se trata de los franchutes, gracias al cielo —dijo Charnock—, porque estos hombres hablan inglés; pero no me parece que en ningún sentido sean de los nuestros, pues nos parecíamos muy poco a ellos cuando fuimos los que fuimos.

—Bueno, eso es fácil de entender —dijo Hastings—. Supongo que hemos cambiado mucho, pero enseguida lo entenderemos. ¿Por qué no están haciendo su trabajo como hombres en Calcuta en lugar de permitir que todo el hervidero de los escritores vaya a pelearse a sus dependencias?

Charnock dio una calada preliminar a la cachimba y se armó de valor para responder:

—Porque no hay escritores; porque no quedan dependencias de escritores; porque dicen que en Calcuta hace demasiado calor para ellos y (¡oh, Dios mío!) está a un par de centenares de millas de todas partes por una infame carretera de postas que atraviesa montañas y hay un río sin puente detrás que en cualquier momento puede dejarlos incomunicados.

La cabeza cana se inclinó por efecto de la emoción y el marcador de billar emitió entre chasquidos una exoneración de cuatro días por «violenta angustia mental no recogida en las normas del Instituto». Pero Charnock se hallaba demasiado abrumado por la tristeza como para prestar atención.

—Repítalo otra vez despacio, Job —exclamó Clive—, y denos tiempo para pensar en ello.

Charnock así lo hizo, y el silencio reinó en el salón por espacio de cinco minutos. Hastings fue el primero en romperlo.

—Charnock tiene razón, Clive. Son ellos; no nosotros.

Clive estaba abordando la cuestión desde un punto de vista militar.

—Doscientas millas de carretera de postas antes de subir a las ollas de cocina sobre vías de hierro. Eso son cinco días de viaje dándose prisa. No creo que hayan podido controlar las lluvias todavía. Los ríos pueden desbordarse en veinticuatro horas. El Gobierno Supremo quedaría a un lado, y el resto del país que arde al otro. Sin duda Charnock tenía razón.

Hastings comenzó a hablar:

—Calcuta es demasiado calurosa para ellos. ¡Por Dios bendito, si nunca hizo un tiempo más que agradablemente templado! —La mente del antiguo gobernador general se

hallaba afectada por la situación del momento—. Recuerdo que solíamos celebrar las grandes comidas de la Compañía a las tres de la tarde en el mes de julio y brindar a la salud del rey con ponche caliente después. Me gustaría a mí poder echarles un vistazo. ¿Mueren tantos como solíamos morir nosotros?

—Ni una tercera parte —dijo Charnock—, pero tampoco viven, ni beben, ni apuestan, ni... —se oyó un clic de advertencia del teletipo, y Charnock se frenó justo a tiempo— tanto como lo hacíamos nosotros. Y se van a vivir a ese lugar llamado Shimla para siempre. O, por lo menos, han construido dos edificios para escritores, todo molduras de escayola y hierro, en la ladera de una montaña.

—¡Molduras de escayola y hierro! ¿A dónde demonios pretende llegar, Job? —preguntó Clive.

—Bueno, soy incapaz de explicarlo mejor. No es culpa mía no saber entender sus costumbres modernas. Ustedes tampoco sabrían.

Aquello era llevar la guerra al territorio enemigo, y Clive (por temor a que Charnock pudiera ofenderse y dejara interrumpida su historia) se dobló. El insigne fundador de Calcuta se lanzó entonces a una animada crónica de la vida social de Shimla desde su punto de vista y, llegados a este punto, no sería buena idea seguir su relato demasiado de cerca. Hemos de recordar que el lenguaje de Job era el de otro siglo y sus modos de expresión, groseros.

—Van a ser centenares y miles —concluyó enfáticamente—, todas blancas, y muchas más que los hombres. ¡Clive, muchacho! ¡Oh, Hastings! El incesante traqueteo del teletipo hizo entrar en razón a los infractores en ese punto, pero no

antes de que los tres hombres hubieran acumulado una espantosa suma de «extras» por aspiraciones inapropiadas.

—No está tan mal como pensé, en ese caso —dijo Hastings—, y puede que a veces sea entretenido. ¿Quién es el mejor tirador en esa tal Shimla?

El rostro de Charnock se ensombreció al instante.

—Ya no queda nada de las viejas costumbres. ¡Ahora en lugar de eso acuden a los tribunales, y ni siquiera muy a menudo!

Una expresión de inefable desprecio pasó por los rostros de sus oyentes.

—¿Se han olvidado de Francis y de mí?

—Solo unos pocos se acuerdan. Nadie sabe dónde lo hirió, ni a nadie le importa.

La voz del teletipo advirtió a Clive y a Hastings cuando murmuraron al unísono:

—¡Así es la fama! Continúe, Charnock, que ya no puede decirnos nada más doloroso.

Charnock tomó entonces un nuevo rumbo (uno seguro y bastante general).

—¡Kalighat ha crecido desaforadamente, y la llaman la Ciudad de los Palacios!

—Eso podría habérselo dicho yo —respondió Hastings con vehemencia—. Y se pueden comprar botellas de oporto por veinte rupias la docena.

—Eso podría irle bien a su estómago, Job, pero no a los nuestros.

Charnock había logrado exasperar a sus oyentes y estaba siendo contenido en cada golpe. Era hombre de tacto a pesar de sus muchos defectos, y procedió a echar aceite a aquellas aguas turbulentas.

—Estuve en una reunión del Consejo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo fue?

Volvió a restaurarse la paz.

—¿Qué hacían? —preguntó Hastings.

—Bueno, no podían hacer mucho; ya saben. Todo ha terminado por orden de Inglaterra.

—Uf. Solían intentar esas cosas en mis tiempos —murmuró Hastings con la sonrisa de un recuerdo feliz—. No llegaron muy lejos, sin embargo. Continúe. ¿Cuántos cañones tienen y de dónde traen sus elefantes?

—Hay una sola carronada en el lugar, y los caminos no soportarían un solo elefante. Hacía un tiempo muy húmedo cuando estuve allí.

—¿Dónde?

—Donde vive el gobernador general.

—Llámelo entonces Casa del Gobierno —espetó Hastings—, y sea cuidadoso cuando hable de sus superiores.

—No lo llamaré tal cosa —respondió Charnock absolutamente irritado—. No es más que un cuchitril miserable de madera y escayola en la ladera de un monte.

Y enseguida se apresuró a añadir, como para evitar que los otros dijeran nada:

—Hacía un tiempo muy húmedo y había cinco o seis ponis pequeños parados en el porche y cinco o seis ancianos vestidos de negro y con capa que caminaban de un lado a otro por una pequeña galería. Luego entraron en el comedor, se sentaron a una mesa y sonrieron. Y entonces un hombrecillo con abrigo de terciopelo...

—¡Ah! ¡Eso ya está mejor! —exclamó Clive—. ¿Cómo eran las chorreras y la espada que llevaba? Yo solía... Pero no importa.

—No habría pensado usted en algo así de haberlo visto. No era el tipo de abrigo de terciopelo al que se refiere. Llegó con un papel azul y se sentó. Entonces murmuró algo en voz baja y los ancianos asintieron con la cabeza. Luego otro de los ancianos leyó algo en voz baja de otro papel azul y todos volvieron a asentir con la cabeza. Era una ley aprobada o algo por el estilo. Luego otro anciano leyó otra cosa y el hombrecillo vestido con abrigo de terciopelo leyó otra más. Luego estuvieron jugando con un montón de papeles y plumas limpias que había sobre la mesa, y aquel murmurar y remover se prolongó durante diez minutos. Entonces todos se levantaron y salieron para montar en sus ponis bajo la lluvia y marcharse. Sin *chobdars*, sin palanquines, sin *mussalchis*¹⁵, sin vinos...

Hastings estuvo contemplando el fenómeno en toda su vastedad durante medio minuto, y entonces murmuró con la más firme de las convicciones:

—Ya estaban todos borrachos previamente. Solíamos hacer cosas extravagantes en el Consejo de vez en cuando. Me acuerdo cuando llegó el nuevo madeira. Pero nosotros nunca perdimos nuestra dignidad. Diga usted que estaban borrachos, Job.

Pero, ay, Job no podía decir eso.

—Todos estaban tan sobrios como yo, y ya saben que ese licor —y señaló con remordimiento al ponche de oporto que nunca se enfriaba— no lo lleva a uno a decir mentiras.

—Entonces tenían que estar locos. ¿Averiguó usted lo que se aprobó en aquella reunión?

¹⁵ Distintos tipos de sirvientes.

—No, pero me enteré de lo que habían aprobado hacía algunos meses y creo que tiene usted razón.

Charnock resumió a grandes rasgos una reciente y memorable propuesta de ley y regresó a su cachimba con el orgullo de un pirotécnico tras su última exhibición. Pero Job no había encendido un simple triquitraque. Aquello era una granada de mano arrojada a sus oyentes. Pues unos minutos después el «teletipo» reanudaba gallardamente su actividad, luego se quedaba atrás sin remedio y, por último, se callaba por completo. Cuando la explosión hubo pasado, Hastings hacía tamborilear los dedos nerviosamente sobre la empuñadura de su espada sin hoja y Clive, con la cabeza en la mesa, lloraba desconsolado.

—¡Después de todo lo que hice! —dijo entre sollozos—. Después de todo lo que hice por ellos. Cielo santo, Job, les construí los cimientos de un imperio que no ha tenido igual en ninguna época, y lo están dilapidando a manos llenas... A manos llenas, ¿me oye?

Su voz se alzó casi hasta el grito, y sus ojos se desviaron, con letal ansia esta vez, hacia la pistola que nunca detonaba. Pero la futilidad de todo se le presentó en un instante, y, bajando la cabeza, volvió a sollozar aún más amargamente. Hastings, silencioso y blanco como la pared, miraba a la puerta cuando Macaulay entró con un libro en la mano.

—¿Qué fue lo que dijiste el otro día, Mac? —preguntó—. La penúltima vez te llevaste una de mis balas.

El gran historiador respondió con la voz baja y monótona de un hombre cansado que lee un libro que ya se sabe de memoria.

—Lo que los cuernos al búfalo...

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Eso no, idiota! ¡Lo otro! Algo original, imagino. ¡Sobre los monos!

—Visionarios que no han salido de su vestidor y niños de pecho que gobiernan sobre tigres y monos con las teorías indigestas de los locos y la sabiduría del jardín de infancia.

La frase salió *ore rotundo* de los labios de Macaulay, y Clive, con el rostro oculto entre las manos, se estremeció. Charnock apenas podía entender su emoción, pues su prolongada residencia en el Instituto Intermedio había convertido a sus ojos el mundo de los vivos en una asamblea de sombras incorpóreas. Recuérdesse que Clive y Hastings nunca habían aceptado sus permisos, y el mundo que dejaron ejercía aún poderosa influencia sobre ellos. Job se hallaba más satisfecho que otra cosa con el efecto que había producido, pues en su ático solía encontrar escasa consideración por parte de los caballeros de la planta baja. Macaulay repitió su frase con la precisión de una máquina calculadora, y la habría iniciado por tercera vez de no ser porque Hastings le indicó con un gesto vehemente que se callara.

—Clive, amigo mío —susurró Hastings posando una mano afectuosa sobre la figura inclinada—, esto no puede durar mucho. Por supuesto que no. Recuerde que ellos no ven con la misma claridad que nosotros. Habrá tiempo de sobra para que las cosas vuelvan a su ser; aunque es duro, muy duro.

El gran gobernador general luchó contra sus emociones durante unos segundos y luego se vino a bajo tan desesperanzadamente como su camarada. Charnock se quedó mirando a uno y a otro en ciego asombro antes de sumarse a la agonía.

—Hay mucha gente en Inglaterra, e incluso alguna en la India, que dice que mi Kalighat y el todo país sobre el que

este se yergue, desde las grandes montañas del norte hasta Ceilán, no son sino una carga y un derroche de los que habría que deshacerse cuanto antes. Creo que se hacen llamar el Partido del Fin de la India, y no dejan de hablar ni de escribir.

Charnock había acumulado una vasta cantidad de información durante su permiso de una semana; pero hemos de tomar en consideración el hecho de que era un espíritu, y que su información había sido dispuesta para él, al igual que las mentiras que de vez en cuando él contaba dentro de límites bien definidos. Durante la hora que siguió, el fundador de Calcuta, viendo que nadie lo interrumpía, prodigó toda la sabiduría que había adquirido en unas frases concisas y no siempre gramaticales. Mucho es lo que puede contarse en una hora, incluido un breve resumen de cincuenta años de acontecimientos políticos tanto en la India como en Inglaterra en relación con la India. Charnock, pese a su murmullo monótono que arrastraba las palabras, habló como nadie, ni hombre ni espíritu, había hablado jamás. Libre de sesgos partidistas, se hallaba obligado en gran medida a decir la verdad. Y las cabezas bajas de dos de los más grandes hombres que el mundo haya conocido fueron bajando todavía más mientras escuchaban. De vez en cuando, Macaulay, desde el diván, conseguía llegar hasta «visionarios de», pero Job continuaba implacable. La noche caía ya sobre el Instituto Intermedio cuando finalizó con estas palabras:

—Y así los están educando tan rápido como pueden. Veinte años en un mes. Y ellos lo engullen todo como si fueran plátanos demasiado maduros. Pero esto no puede durar, caballeros. No puede durar mucho.

Hastings se puso en pie de un salto cuando el orador calló.

—No, Job, no puede durar mucho. ¡Escuche, Clive! ¡Levántese y escuche, hombre! ¿Qué es eso?

Alto y claro, por encima de los innumerables murmullos de los espíritus prisioneros del Instituto Intermedio, reverberó el sonido metálico de una campana más gigantesca que ninguna que haya podido salir de una forja humana.

—Una.

Luego, tras un intervalo, un nuevo toque atronador ahogó la confusión creciente. Cada alma del Instituto se hallaba alerta y expectante con la esperanza de que la llamada fuese para ella. El gobernador general se agarró las manos.

—Somos nosotros; ha llegado la hora.

Y, entonces, por primera vez desde que el espíritu de Maquiavelo (cierto es que recortadas sus espléndidas capacidades) pasara a mejor vida para convertirse en el pertinaz azote de Inglaterra durante medio siglo y gobernarla para su ruina, el «teletipo» giró sobre sí mismo produciendo el sonido de un mecanismo de relojería y la sala se vació de sus ocupantes. Charnock se llevó las cachimbas con esmeraldas a su ático particular con un gruñido de satisfacción, y Macaulay terminó a solas su frase tantas veces interrumpida.

La transmigración puede o no ser materia ficción.

A las siete y media de aquella tarde la esposa de un médico en apuros de la soñolienta Arundel, a infinitos millones de leguas de allí, arrullaba con recién estrenada dicha a su primer hijo, y la alegría llegaba a la lejana Denver cuando se supo que la esposa del «juez» le había regalado a este: «Un hermoso muchacho, señor, como el coral».

Y el mundo no dejó de girar sobre su eje, porque durante cinco décadas las dos grandes naciones anglosajonas que-

daron unidas en un vasto imperio gracias al ingenio y la habilidad política de Clive y Hastings, y la bandera de la Unión ondeó desde las Azores al Cuerno de Oro, y desde el estrecho de Bering a Tasmania.

De profundis
(Divagación en una habitación de enfermo)



[*Civil and Military Gazette*, 7 de agosto de 1885]

UNA ENÉRGICA GALOPADA a lomos de un brioso caballo en el mes de mayo; una profusa sudoración seguida de veinte minutos de paseo por los jardines públicos, donde las abarrotadas pistas de tenis apestan a calderas de bruja y el Enemigo acecha. Y ni las banalidades de la señora Llolipop, ni los más maduros encantos de la esposa del coronel, ni la fascinación del *gin-tonic* en la mesa podrán con él. Con esa terrible premonición que es el fruto de muchas experiencias previas reconocerás que, por lo menos durante las doce horas siguientes, estás en apuros, y comunicarás la circunstancia con sonrisa de enfermo a tus amigos. El instinto del descanso y el retiro que poseen los animales salvajes heridos o enfermos te conducirá a tus aposentos solitarios. La sabiduría humana recomienda la quinina, e irse pronto a dormir. Nuestro poni, sintiendo que vamos sobre él como si fuéramos un saco de harina y que en cualquier momento podemos caer, se abstiene misericordiosamente de dar utilidad práctica a lo que sabe y vuel-

ve a casa con el crepúsculo a paso tranquilo. Podrías jurar que camina sobre algodones por cómo las riendas se engrosan y alargan durante el trayecto de la manera más asombrosa. Finalmente, cuatro gruesos calabrotes controlan una cabeza gigantesca a veinte pies del suelo, y no termina nunca la blanca línea del bulvar. Se pierde como una flecha en el crepúsculo, de donde la cálida brisa, que arrastra en sus alas la sofocante sensación de cien hornos de ladrillo, vuela a nuestro encuentro para abofetarnos sobre la silla. Nubes grises de rojas entrañas cubren nuestro horizonte y, al forzar la vista, sentimos irritación. De una manera o de otra se ha metido en nuestra cabeza como un hierro al rojo vivo bajo el ala del sombrero. No hay duda de que las experiencias de la noche serán entretenidas.

La misma brisa que nos sofocaba ha hecho que un frío gélido se nos meta en los huesos nada más detenerse el poni en nuestra puerta. Y solo falta una última prueba (aunque, en tu fuero interno, ya sabes que esta solo te dará la confirmación de la certeza que ya tienes). Si un té fermentado aromatizado con vainilla «suprema» no te complace; si tu mente se aparta con repugnancia de tan querido consuelo, entonces no dudes en acostarte y esperar (con toda la paciencia de la que seas capaz) a que amanezca. ¡Ay! Unos dedos sin fuerza dejan caer la cerilla antes de haber podido encenderla. Una mitad (no, un cuarto) de calada basta para convertirte, temporalmente, a las ideas contrarias al tabaco del rey Jaime, de bendito recuerdo. *Bearer, Sherry sharab quinine ke botal lao! Khana ne chahseay*¹⁶. Kurim Buksh ha averiguado lo mismo por

¹⁶ «Mozo, una botella de jerez y quinina. No quiero cena».

tu rostro cuando has estado a punto del desmayo al dejarte caer de tu poni tres minutos antes, y ya ha comunicado la alegre nueva a sus familiares. El *sahib* tiene *bohkar*¹⁷, y esta noche habrá fiesta en las dependencias de los criados. Pero, entretanto, su rostro no expresa más que muda pesadumbre. Sirve la copa de jerez y se marcha con el decantador (para no volver a ser visto). Como no has pedido que enciendan las lámparas ni has dado ninguna instrucción expresa acerca del agua helada junto a la cama, él no ha creído oportuno tomar la iniciativa de tales tareas por su cuenta. La fiebre te tiene atado de pies y manos para toda la noche, y tu voz, incluso en su modulación más poderosa, será dentro de una hora demasiado débil como para perturbar a los juerguistas en el *serai*. ¡No hay mal que por bien no venga!

La gran nube roja ha desaparecido tras los *ferashes*¹⁸; la luna mira a sus pies a través de la polvorienta y cálida neblina, y las cigarras se emplean a fondo fuera, en el silencio de la noche: «¡Cri! ¡Cri! ¡Cri!», mientras algún pilluelo harapiiento que vuelve del bazar une sus notas a las de ellas. Cada aullido, risotada o gorjeo resuena y resuena en tu cabeza como si fueran susurros en la galería de St. Paul's. Ten paciencia, pues, como tú mismo bien sabrás, ese solo es el principio de tus tormentos. Cuando esos treinta gramos de quinina se hayan alojado en tu cerebro enfermo y empiecen a pelearse con los fantasmas que lo habitan, el juego alcanzará su momento culminante. Pero, por ahora, simplemente te limitas a sufrir de forma alterna ataques de frío y de calor que varían con tal rapidez que ni te atreves a intentar regular el *punkah*. Ape-

¹⁷ Fiebre.

¹⁸ Tamariscos.

nas el «*Zor se kencho*»¹⁹ ha salido de tus labios, la ola de fuego desaparece y los dientes te empiezan a castañetear. Pero si entonces le dices al *coolí*: «*Chor do*», lo más probable es que se eche a dormir y esté totalmente fuera de tu alcance cuando el ataque de frío haya pasado. Tirando los libros de la mesa y apropiándonos del mantel a modo de manta, algo podremos conseguir; pero, sobre todo lo demás, es aconsejable no mirar al *punkah*. Este posee la desagradable costumbre de agrandarse y empequeñecerse con exasperante rapidez y retirarse súbitamente hacia la viga de la que cuelga para luego bajar de inmediato casi hasta rozar el suelo. Por si fuera poco, sus bordes son iridiscentes mientras dura la media luz. Y, cuando esta desaparece, mejor harías en seguir el ejemplo del sol y hundirte para descansar (aunque esto último sea un brutal sarcasmo) acto seguido. Espera, en la medida de lo posible, a que el ataque de frío se haya apoderado de ti; pues, de lo contrario, las sábanas te parecerán de hielo cuando te metas en la cama. Y así podrás arrebatarse algún consuelo a las fauces del dolor.

Tendrías que haber cenado fuera esa noche, y para esa hora tendrías que estar en tu carruaje de camino a casa de la señora Lollipop. Pero el hombre propone y la fiebre dispone. Te hallas muy lejos de cuestiones mundanas tales como cenas y flirteos, a solas en ese extraño mundo de fantasmas que se abre ante cada uno de nosotros durante la enfermedad (en la primera fase del viaje hacia el Purgatorio de los tamaños y las distancias). De esto solo somos vagamente conscientes, pues los insoportables dolores en las piernas y el tronco han dado

¹⁹ «Tira más fuerte».

paso al dolor localizado en los ojos y la cabeza. Los ataques de frío son historia, y has estado ardiendo de forma ininterrumpida durante los últimos diez minutos como preliminar de un *glissade* final a través de un banco de negra niebla y densa oscuridad hacia el submundo. Allí te encuentras solo, completamente solo, al borde de un desierto de arena iluminado por la luna que se extiende hasta perderse en el horizonte. A centenas y miles de millas de allí se encuentra un plateado estanque no mayor que un charco de lluvia. Una piedra cae en su corazón, y a medida que los círculos se expanden, el charco se ensancha hasta convertirse en un plácido mar devorador que avanza en crestas de orden matemático por la arena. Las líneas plateadas se ensanchan de este a oeste y se alzan con inconcebible rapidez al nivel de tus ojos. Te estremeces e intentas huir. Las innúmeras líneas se retiran con un largo siseo y el terrible mar se encoge hasta volver de nuevo a las dimensiones de un pequeño charco. Un suspiro después, se reinicia el espantoso avance seguido de otra retirada. El observador impasible te dirá, si te molestas en prestarle atención (cosa que no harás, evidentemente, pues bastante tienes con luchar por tu vida en esos momentos), que el fenómeno se debe a los efectos de la quinina que tomaste hace unas horas. Pero para ti se trata de un infierno muy real, pues el avance y la retirada de esa marea da lugar a toda clase de extrañas ensoñaciones en las que eternamente caminas entre infinitas rectas paralelas mientras el terror a algo que avanza y se retira al final de ese pasillo te hace retroceder o te sorprenden los tremendos temblores de la tierra firme, todos dirigidos contra tu pobre persona. Hay montañas hendidas de arriba hasta abajo por la mitad y cuyo derrumbe bloquea la garganta en la que

estás atrapado. Hay ríos que se apartan de sus lechos para perseguirte a través de *doabs*²⁰ de infinitas arenas movedizas, y cuando al fin has logrado librarte de estos horrores, el orbe entero se abre para que te hundas en la tiniebla de sus simas más profundas o tal vez acogerte en sus calderas centrales. Y estás solo en alguna estación de tren abandonada en medio de un desierto de arenas ardientes. Un sol tropical abrasa tu cerebro mientras caminas de un lado a otro por el andén esperando el tren que va a llevarte lejos del dolor. Por fin ya viene. Como una pequeña manchita sobre pulidos metales ardientes al principio, que se va acercando, acercando, acercando con un *crescendo* reverberante hasta detenerse más al rojo vivo que el sol de mediodía, convertido en un monstruo de brillos metálicos y rugientes llamas. Del lugar donde ha estado acechando hasta ahora, surge entonces un tigre de Bengala real de ojos amarillos con las fauces abiertas y, al mismo tiempo que salta a tu garganta, el tren sin maquinista se aleja de tu alcance y desaparece tan fulgurantemente como llegó. Las arenas bullen ondulantes por la presión de alguna fuerza volcánica, y entonces tienes un breve respiro antes de entrar en la segunda fase de tu viaje: el Purgatorio de los rostros. Las mejillas se te han puesto moradas; tienes los ojos inyectados en sangre y los labios agrietados y secos. Kurim Bukhs se ha olvidado del agua helada, pues tu mesilla de noche sigue vacía, y ni aunque tu vida dependiese de ello serías capaz de levantar la voz por encima del susurro. Te imaginas que tus gritos cuando pides: «*Peene ka paney*»²¹, serían capaces de despertar a los muertos. Y la pura verdad es que ni siquiera los ha oído el *coolí* del

²⁰ Extensiones de tierra entre dos ríos.

²¹ «Un poco de agua».

punkah, que está fuera. La sed se pasará en un momento o, al menos, tendrás otras cosas de las que ocuparte además de pedir a gritos, como el rico, un poco de agua con que humedecer la lengua. Hasta entonces ha sido la quinina la que ha engendrado tus visiones. Entre la media noche y las dos, tendrás que vértelas con el delirio de la fiebre misma, y el segundo círculo de tu tormento vendrá seguido, como ya bien sabes, por un tercero aún peor.

Ya el espacio desnudo de la pared encalada que queda entre el armario y los estuches de armas al fondo de la habitación empieza a llenarse de visitantes. Damas y caballeros que se presentan a horas intempestivas y solo pueden ser despachados por la ley natural, que celosamente vigila la tensión del cordón de plata y la relaja cuando la presión es demasiado severa. Si tienes una mente activa y unas costumbres de vida (seré considerado), en fin, tumultuosas, no envidia lo que entonces verás. En el mejor de los casos, el Purgatorio de los rostros es una experiencia tediosa e inútil. En el peor, solo aquellos que han atravesado sus círculos más hondos pueden dar fe de en qué consiste. Los seis pies cuadrados de cal en los que tienes tan lastimosamente la mirada fija tal vez sean un fidedigno, pero no por ello menos inquietante, epítome de tu vida pasada. Fantasmagorías de la linterna mágica de la mente (donde cada imagen se proyecta con nitidez gracias al foco de un cerebro que en ese momento no es capaz ni de mentirse a sí mismo). Lo que representan para ti sería desagradablemente impropio que yo lo dijera (y te obligaría, además, a desmentidos que no se compadecen con el carácter de un caballero inglés). Tu voz ha recobrado su volumen habitual y tu lengua (perdóname por decirlo) se ha vuelto antiparlamenta-

ria e incluso soez. A medida que ese extraño fresco en la pared pasa, se adensa, se disuelve y se rehace, vas liberando a manos llenas muchas cosas que habría sido mejor guardarte para ti, de haber podido. Pero el delirio te hace hablar sin remedio y ni siquiera te es posible ocultar tus pensamientos bajo los decentes convencionalismos que exige nuestra vida respetable. La recurrencia de ese rostro en particular, a pesar de la muchedumbre que se agolpa tras él, resulta de lo más irritante; pero es susceptible de explicación sobre los más elementales fundamentos psicológicos. El *coolí* del *punkah*, al que no han pasado inadvertidos tus delirios, dice que el *sahib* se ha vuelto loco y que por ello pasará desapercibido si hay alguien que mueve o no el *punkah*. De nuevo, no hay mal que por bien no venga. Pero, Dalloo, o como se llame está decidido a echarse una siesta mientras tú luchas por salir del purgatorio o pierdes la conciencia de sus horrores por puro agotamiento. Ya no falta mucho y, si pudieras, advertirías que tu piel empieza a mostrar signos de humedad. La declamación violenta acompañada de gestos extravagantes conduce, por ley natural, a una violenta sudoración, y son ya cerca de las dos de la mañana. El insólito marco se llena ahora con menos rapidez que antes, y se te empieza a pasar por la cabeza que tus visitantes no eran más que vanas sombras y no, como te parecieron al principio, el Ejército vengador de tus pecados. Tu voz ha llegado a ser poco más que un suspiro, y lentamente empieza a volver. En la pared se desvanece el último rostro; la sed insoportable ha vuelto y ya no queda más que un solo purgatorio donde tu mente en semivigilia te fustigará con terrores irracionales y tu espíritu se vendrá abajo igual que un niño ante la perspectiva de un inminente castigo inevitable.

El purgatorio de las imaginaciones vanas se ha abierto para recibirte y ya te has sumido en las profundidades de sus laberintos. Trabajas contra el reloj en alguna tarea desesperada que a pesar de tus esfuerzos se despliega ante tus ojos exhaustos igual que un rollo de papel infinito. La desaprobación oficial, el desprecio de tus subalternos, la degradación, la suspensión de tu sueldo y la mendicidad te miran a la cara fijamente, y la carga de tu trabajo cotidiano hace de ti su yegua de la noche. De una manera vaga eres capaz de razonar y extraer consecuencias. Has malversado fondos, has aceptado sobornos, has vendido nombramientos, has traicionado a tus amigos y estás a punto de ser juzgado por tus actos. Las últimas seis horas han acabado con tu autocontrol, y alucinaciones absurdas y lamentables te obligan a sollozar como un niño al que «no le sale bien» la suma. Pero al hombre casado le están reservados terrores aún más formidables que cualquiera de los que puedan asaltar al soltero. Su esposa y sus hijos tienen hambre y sufrirán para siempre su vergüenza; es repudiado por sus seres más queridos, y así hasta alcanzar el irremediable clímax: la desesperación más absoluta y las lágrimas de mujer. Con estas últimas, y tras el largo esfuerzo mental, llega el final de la penitencia (bajo la prosaica forma de una violenta sudoración que durará hasta el alba), y las vivencias de la noche se ahogarán en esa primera jarra de agua helada que Kurim Bukhs (avisado por la experiencia) trae con un *chota hazree*²². ¿Qué fue lo que dijo Byron acerca del vino blanco renano y la soda tras una noche de libertinaje? Tú le responderás que el refrescante tintineo del hielo contra el cristal y

²² Desayuno temprano.

esos tres o cuatro sorbos deliciosos de agua fría, mientras los gorriones comienzan sus querellas e intrigas diurnas en los rosales, valen mil veces lo que todos los licores que el ingenio humano haya sido capaz de destilar o mezclar. ¿Acaso no has explorado los tres círculos de tu llameante infierno y has regresado indemne o, como mucho, si tu viaje ha sido largo, con las fuerzas de un niño pequeño? Legitimado por los pasados sufrimientos a gozar los deleites de una mañana completamente europea y el placer de un buen cigarro tras el desayuno (seis pulgadas aromáticas que quemarás esa mañana en honor del *joss* de la Indolencia mientras te preguntas por qué sabían tan espantosamente la tarde anterior). Para la hora en que asoman los primeros rayos del color de la miel, estarás en condiciones de jurar que yo, tu fiel cronista, he estado exagerando a conciencia y sin reparos, por decirlo suavemente. «Tuve un leve trastorno de cabeza, por supuesto, como cualquiera con fiebre. Pero todo eso de infiernos e imaginaciones son majaderías. Ese individuo es un mentiroso», y la señora Lollipop, a la que la fiebre trató sin miramientos una vez, respaldará ceceante tu aseveración pues, en su mente, igual que en la tuya, se habrá borrado todo recuerdo de aquella ocasión en la que un enfriamiento vespertino «condujo al espíritu dichoso» a las cavernas de ese mismo infierno cuya existencia niegas ahora de forma tan impía, con los labios aún azules y cuarteados por la vehemencia de sus fuegos.

La ilimitada astucia de Bolileau *el Sablista*



[*Quartette: The Christmas Annual of the Civil and Military Gazette*, 19 de diciembre de 1885]

SE SUMÓ A NOSOTROS desde Naogong, en la India central, y en cuanto lo vimos todos estuvimos de acuerdo en que era una bestia. Fue en el comedor del 45° de Caballería de Bengala, estacionado en Pindi, y todo lo que me dispongo a narrar sucedió esta campaña. He dicho que era una tremenda bestia (viejo, incluso, para subalterno), pero se había unido al Ejército tarde y había dado ya bastantes tumbos por el mundo. Al principio, nosotros lo desconocíamos. Y ojalá lo hubiéramos sabido. Eso habría salvado el honor del comedor. En Naogong lo llamaban *el Sablista* porque nunca salía de deudas, pero eso no fue lo que nos hizo considerarlo una bestia, sino todo lo contrario, pues la mayoría de nosotros no estábamos menos hasta el cuello que él. No. Lo que detestábamos en aquel individuo era su «oscura malicia». No se me ocurre una manera de expresarlo mejor, y escribir me resulta un fastidio. Pero todos los demás del comedor dicen que yo soy el único capaz de sostener una pluma de forma decente y que

tengo el deber, por nuestra reputación, de contar al mundo cómo fueron las cosas. Hasta tal punto la gente se burla de nosotros en todas partes.

Pues bien: iba diciendo que no nos gustaba la «oscura malicia» del *Sablista* Boileau. Y quiero decir con esto que nunca se sabía lo que aquel individuo era capaz de hacer y lo que no, y que siempre aparecía con aquella horrenda sonrisa engreída en su rostro, con un nuevo estilo (sobre todo, ante las mujeres) para hacer sentir pequeños y humillados al resto de los hombres. Aquel era su fuerte (la sonrisa afectada y el dejar cortado a cualquiera cuando estaba metido de lleno en esto o aquello). Lo mismo en el billar que montando caballo, tocando el banyo (en honor a la verdad, lo cierto es que sabía hacer *hablar* al banyo incluso mejor que Banjo Browne en Kasauli) o jugando al tenis. Y para hacerlo todo de manera aún más bestial, solía fingir al principio que no sabía hacer nada. Eso lo descubrimos al final; pero lo habríamos sabido antes si hubiéramos prestado atención a lo que el viejo Harkness, el maestro de equitación, nos dijo después de que lo pusieran en sus manos para convertirlo en un «Hornet» decente. Ese es el apodo de nuestro regimiento. Harkness me lo dijo cuando fui a la Escuela de Equitación, y se estuvo riendo de cómo *el Sablista* se colgaba del cuello de su viejo caballo como si nunca hubiera visto uno antes. Harkness era malhablado (un maestro de equitación). «Fíjese bien en lo que le digo, señor Mactavish», decía. «Se ha estado burlando de mí y se ha estado burlando de ustedes. Sabe montar. Ya me gustaría a mí que otros de ustedes, caballeros, montasen como él. Los está engañando. Eso es lo que está haciendo, y al diablo con él». *El Sablista* parecía tan inocente como un

niño cuando rodaba por tierra. Pero yo me daba cuenta de que caía como si de algún modo conociera ya el truco, y Harkness lo dejó aprobar la Escuela de Equitación por aquellas caídas. Luego desfilaba muy cuadrado y fingía no salir de su asombro. Pero nosotros no pensamos en nada semejante hasta que apareció una noche en la mesa de billar y dio una paliza a todo el comedor. Entonces fue cuando empezamos a recelar de él, pero él juraba que solo había sido suerte. Solíamos gastarle bromas tremendas y provocarlo la mayoría de las noches. En una ocasión drogamos a sus caballos con opio durante la noche y *el Sablista* se los encontró roncando cuando quiso salir a desfilarse.

Se enfadó un poco por aquello, y el coronel no ayudó a que se le pasara el enfado al echarle la bronca por permitir que sus caballos durmieran a horas no autorizadas. Nuestra intención no había sido más que dejar a los caballos algo torpes a la mañana siguiente, pero algo debió de salir mal con el opio. En honor a la bestia, la verdad es que se lo tomaba todo bastante bien, y no importaba lo a menudo que nos metiésemos con él y lo incordiásemos. Pero nunca nos gustó. «A nadie puede gustarle alguien que lo hace todo guardándose algo bajo la manga. Eso no está bien».

Bien, pues cierto día de julio *el Sablista* se marchó tres meses de permiso a alguna parte (Cachemira, si no me equivoco). Él no nos dijo a dónde, y nosotros no nos preocupamos demasiado por averiguarlo.

Al principio lo echamos de menos, porque no había nadie con quien meterse. Nuestro regimiento no se presta a esa clase de cosas. Somos duros como clavos y respetamos mutuamente nuestras pequeñas debilidades.

Hacia octubre, *el Sablista* regresó con todo un lote de cabezas, cuernos y pieles (pues parece que el tipo sabía disparar igual de bien que sabía hacer la mayoría de las cosas), y el comedor empezó a prepararse para divertirse a su costa de nuevo. Pero *el Sablista* era un hombre distinto. Nunca he visto a nadie tan cambiado. Ya nunca mostraba ni una pizca de *bukh*²³ o de energía; nunca apostaba; rechazaba el escaso alcohol que solía tomar; se había deshecho de sus ponis e iba por ahí como un viejo fantasma. Pero lo más extraño es que él parecía decidido de alguna forma tácita a ser un hombre popular, y unas tres semanas después empezamos a pensar que lo habíamos juzgado a la ligera y que no era tan mal muchacho, después de todo. El coronel comenzó la campaña en su favor. Decía que *el Sablista* estaba destrozado por algún motivo, y que teníamos que intentar hacerle la vida más agradable. No es que dijera todo eso de una vez. No creo que lo hubiera conseguido ni aunque lo hubiera intentado durante una semana, pero nos lo dio a entender a su modo. Y de alguna forma tácita (*el Sablista* era silencioso en todo lo que hacía entonces) se volcó en el nuevo *bandobast* más que nunca, y casi todos lo secundamos. Pero digo casi todos porque yo fui una excepción. Él también en esto guardaba algo bajo la manga.

Entregó todas sus pieles y cabezas al comedor, y estas colgaban como trofeos por todas las paredes. Pero mientras veía cómo las colocaban, observé en una esquina la marca de las aduanas de Cabul en una especie de tinta de anilina que todas las pieles procedentes de Peshawar están obligadas a llevar. Y entonces reparé en que Peshawar no era Cachemira y en que

²³ Conversación.

los osos no nacen con marcas de aduana en la piel. Pero esperé y no dije nada de momento. Solo quiero que el lector recuerde que sospeché del *Sablista* Boileau desde el principio. Los compañeros del comedor dicen que a mí me engañó como a todos los demás, pero en nuestro comedor serían capaces de decir cualquier cosa. Una de las nuevas peculiaridades del *Sablista* por aquel tiempo era que le aterrorizaba estar solo. Nunca decía nada al respecto. Pero siempre iba en busca de sus compañeros por las tardes, justo cuando estos intentaban dar una cabezada, y se sentaba allí o intentaba dar conversación vacía. Se mostraba decididamente muy raro y algunos pensamos que padecía *delirium tremens*; otros, que se había prometido en matrimonio y quería deshacer el compromiso; mientras que un novato que acababa de unirse a nosotros aseguraba que *el Sablista* había cometido un asesinato y era perseguido por el fantasma de su víctima.

Cierta noche estábamos sentados a la mesa fumando después de cenar y ese mismo novato empezó a parlotear sobre no sé qué baile que iba a celebrarse en la estación. Le preguntó al *Sablista* si pensaba ir e hizo algún chiste malo sobre *el Sablista* y ciertos «cuartos oscuros». Fuera como fuese, la cuestión es que al *Sablista* aquello no le sentó nada bien.

Se estaba llevando una copa de jerez a la boca y la mano le tembló hasta el punto de que la derramó por toda la pechera de su chaqueta. Pareció palidecer mortalmente, aunque tal vez fuesen imaginaciones nuestras, y respondió como si se hubiera atragantado con algo:

—Ir yo a un baile. ¡No! Antes me pudriría aquí.

No es lo más normal reaccionar así cuando se le pregunta a alguien si tiene intención de asistir a una fiesta. Pero yo estaba sentado junto a él, y respondí sin inmutarme:

—Pero, bueno, ¿cuál es el problema?

El Sablista estaba a punto de perder las formas amistosas, y eso hizo que su respuesta sonara aún más extraña:

—No me preguntaría cuál es el problema si hubiera visto lo mismo que yo. —Y se dirigió entonces al novato—: ¿Qué pretendes al hacerme una pregunta como esa?

(Sería ocioso reproducir las palabras que utilizó, que no eran biensonantes). Habrían volado los decantadores con las alas del amor si no hubiéramos puesto fin a la trifulca de inmediato y, cuando *el Sablista* recobró la compostura, comenzó a disculparse y a hacerse toda clase de reproches por haber iniciado la discusión; lo cual nos asombró más que ninguna otra cosa. *El Sablista* no era dado a esas reacciones. El coronel intervino desde su lado de la mesa:

—¿Qué demonios pasa? ¿Se ha vuelto loco, Boileau?

Entonces *el Sablista* levantó la cabeza como un caballo a punto de lanzarse al galope, y empezó a hablar. Dios sabe lo que diría exactamente; pero nos dio a entender que, si no había perdido ya la cabeza, estaba muy cerca de hacerlo, y que a cualquiera le habría pasado lo mismo estando en su lugar, y que, si no nos importaba escucharlo, nos lo contaría todo. El lector puede estar seguro de que no nos importaba, pues estábamos en ascuas por conocer la razón del súbito cambio. *El Sablista* llenó de oporto su vaso plegable hasta la mitad (era el decantador más cercano) y nos contó su historia. Puedo referirla aquí palabra por palabra no porque tenga buena memoria, sino porque... bueno, lo explicaré más adelante. Esto es lo que *el Sablista* nos contó con voz débil y temblorosa mientras los demás fumábamos y escuchábamos.

—Saben que hace poco estuve tres meses de permiso, ¿no? ¿Y que fui a Cachemira? Quizá no sepan —no lo sabíamos— que pasé el primer mes en Mussoorie. Fui muy discreto mientras estuve allí, pues había ido con el propósito de seguir a una muchacha que no conocen. Ella era de Pachmarhi; hija de un médico de allí. Solía tratarla asiduamente cuando estábamos destinados en la carretera de Naogon, y con aquel trato acabé enamorándome de ella.

Hizo una pausa de medio minuto, y después miró alrededor de la mesa para comprobar cómo lo encajábamos. No somos precisamente permisivos en nuestro comedor con enamorarse de muchachas. El coronel no está de acuerdo, y tiene razón. Pero ninguno de nosotros se inmutó, y *el Sablista* siguió como si nada.

—Era la joven más perfecta sobre la faz de la tierra, y le arrancarí la cabeza a cualquiera que lo negase. —Doy al lector mi palabra de que ninguno lo habría intentado—. Por mi vida que quería casarme con ella si me aceptaba. Y me aceptó. ¡Cielo santo, me aceptó! ¡Me aceptó!

El Sablista se cubrió el rostro con las manos y siguió como loco. Me pareció que tenía algo de insolación o que el vaso plegable de oporto estaba empezando a hacerle efecto. Y entonces tomó un nuevo camino mientras todos nos mirábamos unos a otros preguntándonos qué demonios vendría a continuación.

—¿Se acuerda alguien del baile del club de Mussoorie de este año?

Curiosamente, ninguno de los miembros del comedor había asistido, y eso que el lector puede estar seguro de que estamos al tanto de todo lo que tiene que ver con los bailes. (Pues lo cierto es que somos los mejores bailarines de la India; aun-

que eso ahora no venga al caso). Alguien contestó que sí y *el Sablista* prosiguió:

—¡Sucedió allí! ¡Sucedió allí! Habíamos acordado de antemano que ella me concedería cuatro o cinco bailes y todos los extras. Creo que ella sabía desde hacía mucho que yo la amaba. Y yo casi le había dicho antes de que el baile comenzara que iba a proponerle matrimonio. Había planeado que en el primer extra (iban a ser tres aquella noche) me sentaría junto a ella y le diría que la amaba. Y ya habíamos bailado mucho tiempo juntos cuando ella empezó a quejarse de dolor en el costado y fuimos a sentarnos en el porche.

El Sablista se pasó la mano por el pelo y volvió a mirarnos con más cara de loco que nunca, mientras esperábamos en silencio llenando nuestros vasos.

—Al final de nuestro último vals *pukka*²⁴, ella entró en el guardarropa porque una de las zapatillas elásticas se le había soltado (la oí decir eso al hombre con el que bailaba), y yo salí al porche a pensar en lo que tenía que decir. Cuando me di la vuelta, la vi a mi lado, y antes de que hubiera tenido tiempo de decir nada, había deslizado su brazo para tomarme del mío y me estaba mirando a la cara. «Y, bien, ¿qué es lo que tenías que contarme?», me espetó. Entonces hablé yo (aunque, sinceramente, un poco desconcertado por la forma en que ella había tomado la sartén por el mango, por así decirlo). Pero Dios sabe lo que dije yo y lo que dijo ella. Le dije que la amaba y ella me dijo que me amaba a mí... ¡Eh! ¡Como alguien se ría, le abro la cabeza con el decantador!

²⁴ Auténtico.

El rostro del *Sablita* era terrible en ese momento (de una palidez mortal con marcas azules bajo los orificios nasales y en las comisuras de la boca). Parecía un cadáver acabado de enterrar (aunque no demasiado reciente, tampoco). Fuera del frente, no había visto nada más bestial en toda mi vida. Entonces puso la mano sobre la mesa de un modo que hizo saltar los platos del postre y casi aulló:

—Les digo que le propuse matrimonio y que ella aceptó. ¿Me oyen? ¡Ella me aceptó!

Nada de aquello me pareció particularmente terrible. A mí me habían aceptado en un par de ocasiones a lo largo de mi vida, pero eso nunca me había enloquecido más que al común de los hombres.

El Sablita bajó entonces la voz (que sonó espantosamente hueca y fantasmagórica) como si hablase para el cuello de su camisa:

—Y, entonces, cuando el extra acabó, ella se levantó del sofá donde estábamos sentados, y yo le pedí que se quedase. Pero me respondió que iba en busca de su próximo compañero de baile. Y yo le pregunté: «Pero, querida, ¿quién sino yo va a ser ya tu único compañero de baile para siempre? Siéntate y esperemos a que tu carabina esté lista». «Mi carabina está lista, querido», me dijo. «Y debo marcharme con ella. Pero recuerda que eres para siempre mi compañero de baile. Amén y adiós».

»Antes de que hubiera podido decir nada, se había ido corriendo del porche y había entrado en el salón de baile. Y yo me quedé allí a contemplar la luna y dar gracias a mi estrella por la dicha de mi conquista. Enseguida se acercó a mí un individuo con peluquín del grupo de los dandis al que yo

conocía. Me sentía tan pletórico que no se me ocurrió otra cosa que abordarlo y decirle: «¡Muchacho, felicítame! ¡Me ha dicho que sí! ¡Soy el hombre más feliz del mundo!». Todo el mundo en Mussoorie sabía perfectamente que yo andaba detrás de aquella muchacha, pero, en lugar de darme la enhorabuena, el tipo casi dejó que se le cayera el peluquín y se limitó a responder: «¡Oh, Dios mío!». «¿Qué ocurre?», pregunté. «¿Tú también albergabas esperanzas con ella? Bueno, no pasa nada. Te perdono. Pero te alegrarás por mí, ¿verdad?».

»Él me tomó del brazo y me condujo en silencio hasta el salón de baile, y allí me dejó. Todo el mundo se había congregado en multitud alrededor del vestidor, y algunas de las mujeres lloraban. Un par de ellas incluso se había desmayado. Corría una especie de rumor apagado, y todo el mundo decía: «¡Qué espanto! ¡Qué horror!». Me apoyé contra la jamba de una puerta, y de repente me sentí mareado y enfermo sin saber por qué. Entonces el dandi del peluquín salió del vestidor y habló con una de las mujeres.

El Sablista casi había vaciado el decantador para entonces y, al recorrer con la vista el comedor, pude ver que había dos o tres hombres que parecían espantosamente pálidos e incómodos. Yo sentí escalofríos. No me importa admitirlo. *El Sablista* prosiguió:

—La mujer —era una completa extraña— vino a hablar conmigo y me contó que mi muchacha había entrado en el vestidor al acabar el último baile quejándose de un dolor en el costado. ¡Se había sentado a descansar, y acto seguido había muerto de un ataque al corazón! Este fue el final del último vals *pukka*. ¿Lo han oído? ¡Les digo que este fue el final del último vals *pukka*!

[No sé mucho de tipografía, pero si los impresores tenéis a mano unos tipos lo bastante grandes y terribles como para dar una idea de cómo dijo esto *el Sablista* entonces os he subestimado].

Sentí como si todos los vientos de las montañas me revolvieran el pelo. El lector sabrá de qué clase de frío hablo; esa sensación horripilante en el cuero cabelludo cuando caen las primeras gotas antes de que empiece la verdadera tormenta. Pues así me sentí (así nos sentimos todos, en realidad) cuando *el Sablista* hubo terminado y volvió a poner la mano sobre la mesa.

Nos revolvíamos en nuestras sillas como si estuvieran al rojo vivo, intentando que se nos ocurriese algo amable que decir. Y *el Sablista* seguía repitiendo: «¡Este fue el final del último vals *pukka!*». Luego hizo una breve pausa y empezó a mecerse, y nos preguntó qué debía hacer. Si «un compromiso con una muerta era vinculante según la ley», etc. A veces riendo y a veces moviendo la cabeza como la mueve mi segundo caballo cuando el freno le aprieta más de lo debido.

Tal vez todo esto suene cómico leído ahora, pero le aseguro al lector que, sentados en la mesa del comedor con el rostro blanco y azul del *Sablista* delante y aquella risa terrible suya en nuestros oídos, no le encontramos la gracia hasta mucho después. Y ni siquiera entonces lo agradecemos.

Nuestro coronel fue el primero en reaccionar. El viejo se levantó, le puso la mano en el hombro al *Sablista* y le rogó que, por su bien, no se lo tomase a la tremenda. Le dijo que no se encontraba bien y que lo que mejor que podía hacer era retirarse a descansar. *El Sablista* volvió a mover la cabeza y gimió:

—Os digo que lo he visto con mis propios ojos. Ojalá hubiese sido una alucinación.

Durante todo ese tiempo el coronel había estado intentando calmarlo como cuando tratamos de tranquilizar a un caballo, mientras que los demás permanecían alrededor murmurando lo mucho que lamentaban su tragedia y diciendo que, de haberla conocido, habrían dejado de meterse con él. No nos paramos a pensar si había bebido demasiado o si *el Sablista* realmente había visto un fantasma. Estaba tan destrozado que no podíamos evitar compadecernos de él.

Otro compañero y yo lo ayudamos a acostarse, y *el Sablista* se derrumbó en su *charpoy*²⁵ y hundió el rostro en la almohada mientras le temblaban los hombros como si llorase igual que una mujer. Mi compañero apagó la lámpara, lo dejamos allí y volvimos al comedor, donde los demás pasamos la noche charlando acerca de fantasmas y alucinaciones. Todos estábamos muy seguros de que *el Sablista* no había hecho ninguna tontería porque tenía nervios de acero para esas cosas. No habría jugado su baza sin tener la cabeza lo bastante fría. Y, por último, concluimos que no había necesidad de contarle a nadie fuera del comedor lo ocurrido aquella noche, y que todos lo sentíamos mucho por *el Sablista*.

Quiero recordar al lector que yo no había dicho nada en todo el tiempo. Pero pensaba en la marca de aduanas de las pieles de oso y, para mis adentros, me maliciaba algo. Nos fuimos a la cama casi a la hora de pasar revista. Y *el Sablista* apareció terriblemente demacrado y pálido.

Luego tomó el tren de Lahore y desapareció, sin decirnos a dónde se marchaba, con un permiso de varios días. No busca-

²⁵ Catre.

mos en sus cosas. Tres de nosotros fuimos al club aquella tarde y lo primero que uno nos preguntó fue que qué pensábamos del asunto. Entonces todos los compañeros rompieron a reír en el salón de fumadores hasta que las carcajadas se hicieron atroadoras. Al parecer, el sinvergüenza del *Sablista* había ido al club inmediatamente después de pasar revista y le había contado a todo el mundo su historia de la noche anterior y la manera en que todos, empezando por el coronel, nos la habíamos tragado. Había corrido por todo Bindi antes del final del día, y el lector podrá imaginar cuántas bromas oímos a nuestra costa acerca de «valeses *pukka*» e individuos con «peluquín de dandi», y sobre si «un compromiso con una mujer muerta es vinculante ante la ley». ¡Solo ha de hacerle a cualquier miembro del 45° esa pregunta, y verá lo que ocurre! Cuando los tres volvíamos al comedor, puedo asegurar que no nos sentíamos precisamente orgullosos de nosotros mismos. La indignación era generalizada, y todo el mundo hablaba a voz en grito. A los compañeros recién llegados de jugar al polo o de hacer visitas se lo acababan de contar y todos quería la sangre del *Sablista*.

Todo el asunto había sido un *benow*²⁶ de principio a fin ¡y lo habíamos creído! Nos trasladamos a la habitación del *Sablista* para empezar por allí. Pero no quedaba nada salvo las sillas y el *charpoy* (que eran propiedad del Gobierno). Sobre la repisa de la chimenea había una hoja doble sujeta con una chincheta y sobre ella, escrito en letras de casi dos pies de grande con carbón en la pared, se podía leer: «La ilimitada astucia de Boileau *el Sablista*». La bestia había escrito cuidadosamente su historia con indicaciones escénicas a tinta roja en

²⁶ Invento.

los márgenes sobre sollozar y parecer medio loco. Y para mayor escarnio nos la había dejado allí.

Era un plan magnífico, pero nada salvo la impecable actuación del *Sablista* habría servido para ejecutarlo con semejante perfección. Nos quedamos paralizados, intentando calibrar sus dimensiones. Solo con que por un momento nos hubiésemos parado a pensar en la improbabilidad de que una mujer hubiera muerto en una baile en Mussoorie sin que lo supiese toda la Alta India nos habríamos podido salvar. Pero no lo hicimos. Y si el lector hubiera escuchado al *Sablista* habría corrido la misma suerte que nosotros.

El Sablista nunca volvió. Imagino que intuiría que no habría sido conveniente para él. Pero nosotros hemos iniciado en nuestro comedor una especie de Land League (¿o cómo la llaman también, *Vehmgericht*?) y, si volvemos a cruzarnos con él en alguna parte, vamos a darle su merecido. Envió sus documentos y se marchó a Pachmarhi, donde parece que realmente se comprometió con una muchacha acomodada (con una renta de dos mil al año, según he oído), se casó con ella y se volvió a Inglaterra. Por supuesto, había pasado sus tres meses de permiso en Pachmarhi también. Eso lo averiguamos más tarde.

No creo que yo me hubiera tomado tantas molestias ni gastos (pues la sala del comedor sigue llena de cabezas y cuernos) para conseguir un engaño así, ni siquiera de tal magnitud como la de «La inagotable astucia de Boileau *el Sablista*».

P. D. El lector no tiene más que preguntarle a cualquiera de nosotros si «un compromiso con una mujer muerta es vinculante ante la ley» y ver qué sucede. Creo que podrá comprobar que todo lo que he contado aquí es completamente cierto.